

Hugh Aldersey-Williams

**LAS AVENTURAS
DE SIR THOMAS BROWNE
EN EL SIGLO XXI**

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 **Siruela**

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo	11
Introducción	22
1. Biografía	48
2. Medicina	72
3. Animales	102
4. Plantas	138
5. Ciencia	170
6. Tolerancia	197
7. Fe	229
8. Melancolía	255
9. Objetos	283
10. El final	311
Cronología	323
Obras más importantes de Thomas Browne	328
Bibliografía	330
Créditos de las ilustraciones	340
Agradecimientos	342

Para Moira, que lo entendió desde el principio

Prólogo

¿En qué estaría pensando?

¿En qué estaría pensando aquella mañana primaveral de 1662 cuando acabaron las sesiones del tribunal en Bury Saint Edmunds y se dirigió a su casa en la ciudad de Norwich? Tardaría un día en llegar si no había ningún contratiempo; y quizá lo hubiera en aquella época del año en la que el camino parecía el piso embarrado de un aprisco, y eso si no lo cubría todavía una pátina de hielo. Tenía por delante muchas horas para reflexionar sobre lo dicho y las consecuencias de lo dicho si esa era su voluntad.

Hacía apenas unos días, sus palabras no habían evitado que dos mujeres fueran enviadas al patíbulo.

Estuvo presente en el juicio a dos brujas. Según los cargos, habían hechizado a seis chicas y a un niño pequeño, todos de Lowestoft, en el condado de Suffolk. Delante del tribunal, las chicas constituían una presencia muda, intimidadas, quizá, por la formalidad del procedimiento; o quizá les sellara la boca lo traumático de la experiencia vivida. Los padres testificaron fervorosamente en nombre de ellas. Todas aquellas criaturas habían sufrido ataques que las habían dejado impedidas, y hasta vomitaron clavos y alfileres. Acusaron de su aflicción a dos viudas, Amy Denny y Rose Cullender. Amy Denny era la principal sospechosa. Mujer pendenciera, bien la conocían en el pueblo de Lowens-toft, donde los lugareños la llamaban a veces para que cuidara a sus hijos; aunque el año previo fue carne de grillete por algún desmán cometido del que no había quedado constancia. Parece que Rose Cullender tuvo menos contacto con los niños, y puede

que el dedo acusador buscara en ella a una vieja arpía de mala reputación con la que darle más empaque a los cargos de brujería. Las acusadas estaban presentes en la sala en la que se celebró el juicio, y era Amy la que más gritaba a voz en cuello negando las denuncias contra su persona.

Él se llamaba Thomas Browne, médico de profesión, instruido en las facultades de Anatomía y Medicina más ilustres de Europa. Era también filósofo y escritor, acuñaba vocablos, pronunciaba discursos de moral cristiana, ejercía de naturalista, de anticuario y de científico, y ponía en solfa toda clase de mitos. Llamado a declarar ante el tribunal de Bury en calidad de «persona de gran conocimiento», le fue requerida opinión por parte de los tres fiscales acerca de lo oído en aquel juicio.

Dio breve testimonio, y aunque no fuese crucial para la emisión del veredicto, tuvo por fuerza que haber contribuido a mandar a las mujeres al patíbulo. Browne relató el reciente «descubrimiento de unas brujas» en Dinamarca que clavaban alfileres a las «personas afligidas» exactamente igual que habían hecho las acusadas, Denny y Cullender. Como médico dio su opinión y dijo que los ataques y demás síntomas que presentaban las víctimas eran naturales. Y al parecer, casi sin venir a cuento, añadió lo que pensaba: que esa misma naturalidad era una prueba de las «sutilezas» del diablo, quien así controlaba los actos de las brujas.

Había habido diversidad de opinión entre los fiscales antes de que hablara Browne, pues no tenían certeza de que lo oído hasta ese momento fuera evidencia suficiente para condenar a las dos mujeres. Pero aquella anécdota que contó sin mayor pretensión el médico, y que podría haber pasado por simples rumores de no ser por su docta reputación, les dio que pensar. Por lo que respecta a Browne, cumplido su cometido, puede que no se quedara mucho tiempo en Bury después del juicio para ver cómo ahorcaban a las dos mujeres. Tenía pacientes esperando en Norwich.

He decidido seguir los pasos de Thomas Browne en su viaje de Bury a Norwich.

El edificio del ayuntamiento que albergó las sesiones del tribunal en 1662 ya no existe. El punto en el que la loma de Honey Hill desciende hasta las vegas de los ríos Lark y Linnet ha sido urbanizado varias veces, y ahora lo ocupan modernos edificios de oficinas. Pero otras zonas de la ciudad han cambiado poco, y salta a la vista la ruta que Browne habría tomado. Para aproximarme a

la escala y a la textura del viaje de Browne, para ir a su paso y ver lo que él debió de ver, voy en bicicleta. Quiero mantener su ritmo para pensar en lo que se le pasaba por la cabeza.

El tiempo, seco y cálido, me acompaña en este día que cae exactamente trescientos cincuenta años después de que Browne emprendiera camino. Los registros de 1662 muestran que aquella primavera también hizo bueno, y quizá le cundiera el trayecto. Subo con la bici la pendiente de Honey Hill y dejo a mi izquierda el enorme edificio de la iglesia parroquial de Saint Mary para luego bajar la costona de Angel Hill, más allá de la abadía de Saint Edmund y el complejo circundante, en el mismo estado en el que Browne debió de verlo: en ruinas desde la disolución de los monasterios, saqueada su sillería para la edificación de nuevas construcciones dejadas de la mano de Dios. Bordeo el gran edificio del mercado en el que Denny y Cullender estuvieron presas antes de ser ahorcadas, giro de nuevo a la derecha por la calle Eastgate y cruzo el río en el punto en el que bordea el viejo colegio «Edward VI». Luego viene la cuesta, larga y poco empinada, que desemboca a campo abierto en la carretera del este.

A ojos del pastor o del leñador que lo viera pasar, Browne no debía de ofrecer una figura imponente. Tenía más de cincuenta años, constitución delgada y vestía con recato para un hombre de su posición. Debajo de tan parca apariencia, nada habría vislumbrado el mudo testigo de lo extraordinario del corazón y la cabeza que albergaba aquel jinete. A Browne lo veneraban sus pacientes, quienes admiraban la presteza con la que trataba a ricos y pobres por igual, a católicos y protestantes. Pero más fama obtuvo como autor de ensayos filosóficos, en el primero de los cuales buscó con denuedo reconciliar su racionalismo de médico con la fe cristiana. Otros, más fieles al espíritu de la época, tratan sobre los clásicos grecolatinos y el significado de la muerte, o sobre la importancia del diseño y el número en la naturaleza. Pero la obra que le encumbró, la más ambiciosa, fue un catálogo vastísimo de «errores vulgares», siete volúmenes llenos de estúpidas creencias comunes en el siglo XVII, cada una de ellas puesta sobre el tablero y luego desautorizada con erudición, prurito científico, ternura y sentido del humor.

Fue capaz de escribir esta obra escéptica y humanista y, sin embargo, creía en las brujas. Hablaba con total libertad acerca de la existencia de brujas antes y después del caso de Bury. Por lo que respecta al juicio, no parece que pensara mucho más en

ello. ¿Lo tomaba como el curso lógico de los acontecimientos, algo que convenía olvidar?

Cojo ritmo en la bici y cruzo los pueblos centenarios de Ixworth y Stanton, y Rickinghall de Arriba y Rickinghall de Abajo, y luego atravieso los pastos y egidos de Wortham y Palgrave para bordear la zona pantanosa al sur de Diss. Le están saliendo las flores al endrino. Puede que Browne en su viaje lograra empaparse de este despertar de la vida. Puede que su montura espantara las alondras que anidan en el monte bajo de Breckland, y que atrapara el aroma de las plantas que él mismo cultivaba en su jardín. Por mi parte yo solo veo botellas de plástico aplastadas, tapacubos en los setos y palomas muertas que los coches han dejado espachurradas al borde de la carretera.

Puede que se le escapara una sonrisa al llegar a la Posada del Delfín en Wortham. Por aquel tiempo anotaba sus observaciones que acabaría compilando en *Apuntes sobre la historia natural de Norfolk*, un catálogo de la fauna avícola y marina autóctona del condado. Allí da una descripción nítida del delfín común, para diferenciarlo de la marsopa. Y añade que la carne del animal tiene «muy buen sabor para casi todos los paladares».

La posada presenta un aire de abandono que la pintura rosa no logra disimular. Hay una pareja joven sentada en torno a sendos vasos de sidra, sin saber qué decirse, en la única mesa que hay afuera, en el césped. El cartel es sencillo, letras doradas sobre fondo negro, con un garabato por todo adorno. Puede que algún día tuviera el dibujo de un delfín, menos preciso que el que dibuja en sus tratados el naturalista francés Rondelet, a quien siguió Browne en su identificación; y puede que fuese más parecido a la versión estilizada de la heráldica: un animal musculoso que se arquea en pleno salto. Browne dedica un volumen entero de *Pseudodoxia Epidemica* a «muchas cosas cuya común descripción en imágenes es cuestionable»¹, y uno de los dibujos que cuestiona es el del delfín. Le preocupa que la gente crea que en la naturaleza se dan exactamente así, tal y como son representados: con esa especie de escoliosis, y no con la flexibilidad y agilidad que caracteriza su espina dorsal. Se trata de un argumento que pudiera parecer pedante, como cuando hoy alguien dice que un dibujo animado no es realista. Sin embargo, es un argumento de peso en una épo-

¹ Thomas Browne, *Sobre errores vulgares o Pseudodoxia Epidemica*, traducción de Daniel Weissbein, Madrid, Siruela, 1994, pág. 239. (*N. del T.*)

ca en la que la creencia acrítica en las imágenes le gana la mano las más de las veces a la observación y a la razón.

Huertos de manzanos en flor interrumpen la extensión de la pradera en algunos puntos, y me asomo para ver si los han plantado siguiendo la disposición celebrada por Browne en su ensayo de horticultura *El jardín de Ciro*. Lo fascinaba la tradición milenaria de plantar los huertos en quincunces entrelazados, módulos de cinco árboles dispuestos en forma de X como los cinco puntos de un dado. Es un ensayo que se deleita en el subtítulo: *Las plantaciones quincunciales, en losanges o en red de los antiguos, artificialmente, naturalmente, y místicamente consideradas*². La obra revela una gran capacidad de observación científica muy arraigada en el paisaje de East Anglia, pero también de indagación. Y es de muy largo alcance, pues abarca los orígenes de los jardines, la forma de varios tipos de cruz, la ornamentación en la arquitectura clásica y el arte lapidario. Sujeto todo con holgado hilván por el número 5, generador de tantos diseños que se repiten en la naturaleza.

Recuerdo el día que Thomas Browne irrumpió en mi vida. Yo estaba escribiendo un libro sobre el descubrimiento en 1985 de un nuevo tipo de carbón, el buckminsterfullereno. En esta molécula los átomos se unen de tal manera que forman un diseño curvo de hexágonos y pentágonos como el cosido de un balón de fútbol. Los pentágonos que salpican la superficie del buckminsterfullereno constituirían precioso espécimen añadido a la antología de lo quíntuple propuesta por Browne.

Sigo camino y veo allí donde miro los signos misteriosos que veía él en el orden de la naturaleza. Son visibles en las piñas que hay por el suelo y en las cabezuelas de cardencha secadas al viento. Y en el «amiento o excrecencias colgantes de varios árboles como los nogales, alisos y avellanos, que cuelgan todo el invierno y conservan apretada su malla, y con la expansión de esta constituyen los tempranos indicadores de la cercanía de la primavera»³. Pienso en la estrella de mar y en los virus, que también muestran esta simetría quíntuple. Está claro que este número ocupa un lugar primordial en la naturaleza. Y caigo en la cuenta de que se hace evidente de un modo extraño hasta en lo fabricado por

² Thomas Browne, *El jardín de Ciro y otros textos*, traducción de María Condor, Madrid, Siruela, 2009, pág. 35. (*N. del T.*)

³ *Ibid.*, pág. 57.

el hombre. Casi todos los tapacubos que hay en los setos tienen una perforación formada por cinco agujeros y cuentan con la misma simetría pentagonal que ordena las flores y las semillas de Browne.

Resuenan en mi cabeza las palabras del juicio. Veo que en su fuero interno, aunque no fuese así a ojos del juez ni de los querellantes, decididos a declarar culpables a las acusadas, Browne contribuyó de forma harto ambigua. Dijo que la dolencia de los niños era natural, y añadió que su mal había empeorado por mediación del diablo. En ningún momento dijo que la causa directa fueran las brujas, ni que las acusadas lo fueran. Esta ambigüedad es típica de Browne y lo distingue de la mayor parte de sus contemporáneos. Él veía siempre el envés de las cosas. En ocasiones esto constituía una virtud: no era fácil armarse de sensatez y tolerancia en la guerra civil inglesa. Otras veces, su ambigüedad está a prueba de bombas, y presenta las razones a favor y en contra de cualquier fenómeno dudoso en la naturaleza, de cualquier sutileza metafísica, con una elocuencia deslumbrante, aunque jamás tome partido por una u otra en lo más íntimo.

¿Sintió que se le daba toda la atención debida a su opinión de médico, a saber, que la aflicción de las víctimas respondía por entero a causas naturales? ¿O sufrió al ver cómo esa opinión era descartada en favor de testimonios más melodramáticos, los alegatos exaltados de los padres, la presencia lastimera y silenciosa de los hijos, y su mismo descuido al mencionar el caso danés? ¿Llegó a plantearse qué podía haber dicho para que el resultado hubiera sido menos cruento? ¿Se le pasó por la cabeza en algún momento apuntar que la creencia en brujerías, aunque fuera del todo respetable y sostenible en 1662, estaba trasnochada en realidad y, de hecho, a punto ya de ser pura superstición, uno más de tantos «errores vulgares»?

Como es lógico, no podemos saberlo. Es más, ni siquiera conocemos la literalidad de lo que Browne dijo en el juicio. El único registro que queda del mismo data de veinte años más tarde. No podemos estar seguros, por tanto, de si el testimonio que se le atribuye es exacto, ni de si está completo. Igual que no podemos asegurar que el juez fuera todo lo imparcial que aparentaba ser, ni que a ambas mujeres se les diera *de facto* ocasión de «confesar».

No he ocultado ningún dato para hacer este relato más entretenido. Realmente me gustaría saber qué fue lo que Browne dijo

y pensó; acerca del caso, acerca del estado clínico y hechizado de las acusadas, acerca de las brujas en general y, ya puestos, acerca de los demandantes y sus motivaciones. Pero las sospechas que empañan las actas del juicio, y el que no contemos con comentario alguno de puño y letra de Browne, me trae por fuerza a una reflexión sobre la época actual. Me lleva a comprender que no sabemos con certeza lo que acontece hoy en día en los procedimientos judiciales ni en las investigaciones que dirimen los crímenes cometidos bajo extrañas prácticas. Todas las actas, pese a estar imbuidas de autoridad, son de suyo incompletas, una mera aproximación a los hechos. Las palabras impresas no representan con exactitud lo que se dijo, y lo que se dijo nunca representa lo que se quiso decir ni lo que se infirió de lo dicho.

Con qué ganas se habría reído Browne de mi tribulación. Él vivía de la falta de certezas, y hacía de lo más granado de su talento esa capacidad de distinguir entre lo incierto y lo incognoscible. Esta presteza a balizar el terreno de lo misterioso emana sin duda de una humildad temerosa de Dios. Pero muestra también que Browne ha detectado lo que constituye el predio de su goce dialéctico. Él admite, a diferencia de muchos otros, sobre todo hombres de ciencia, que la descripción no nos da la llave para comprenderlo todo. Las palabras no pueden conferir la verdad; de hecho, ponen capa sobre capa entre nosotros y la verdad. El genio de Browne radica no solo en que acepta esto, sino en que lo disfruta, en que ve en el lenguaje no ya la jaula que priva de libertad, sino el pájaro que está a punto de abandonarla.

En Scole viro al norte y cruzo el río Waveney para entrar en el condado de Norfolk. Todavía estoy a mitad de camino de Norwich, me duelen las piernas y tengo los nudillos ateridos. Miro con un poso de anhelo el imponente edificio de ladrillo que alberga la posada de Scole, recién construido en tiempos de Browne, donde puede que se detuviera a pasar la noche.

Un martín pescador cruza raudo. Una de las creencias más extrañas que trató Browne en su catálogo de «errores vulgares», *Pseudodoxia Epidemica*, era la de que un martín pescador muerto servía de veleta. Dice que es una opinión muy extraña, pero apunta que, con todo y eso, el hábito persiste. Entonces hace algo típico de él: lo somete a prueba. Consigue un martín pescador muerto, lo planta en lo alto de la veleta y comprueba... que no funciona. «Por lo que se refiere a los experimentos», escribe, «no podemos demostrarlo con ninguno de los que hemos proba-

do; ya que, colgado el martín pescador de un hilo de seda libre de todo nudo, en un espacio abierto en el que el aire corra libre, el ave no guarda siempre la misma dirección con respecto al viento, sino que alterna su posición, y rara vez lo hace de frente». ¿Que no está convencido? Bien, pues entonces cuelga dos de los malhadados pájaros y comprueba que la mayor parte de las veces cada uno apunta en una dirección.

Parece ser que Browne no estuvo presente en la fase del juicio en la que expusieron a las afligidas víctimas a la presencia de las acusadas, por ver a ciencia cierta el efecto que estas tenían sobre aquellas. De haber estado, seguro, eso le habría hecho pensar. Pues evidencia empírica tan directa tiró por tierra toda idea de que Denny y Cullender tuvieran poderes. Aun así, cabe esperar que también este dato revelador fuera torcido para apuntalar las pruebas de embrujamiento.

Por fin, después de coronar unas cuantas lomas que me pesan en las piernas a esta altura del trayecto, veo en la distancia la aguja de la catedral de Norwich recortada contra el horizonte. Respiro aliviado al ver que mi viaje está a punto de acabar. También Thomas Browne tuvo que alegrarse cuando vio que por fin se acercaba a casa, y puede que tuviera razones más personales que yo al ver aparecer la torre en la distancia.

La fe cristiana ordenaba y daba valor a la vida de Browne. Por un lado explica y exime su creencia en las brujas. Las actas del proceso contra ambas mujeres mencionan expresamente al diablo, y creer en el diablo era el correlato necesario a creer en Dios. No le hacía falta haber visto ninguna bruja, ni ningún aquelarre, para creer en su existencia. Eran un artículo de fe.

Sin embargo, con esto solo no basta. De hecho, sorprende lo selectivo que puede ser Browne en su creencia cuando se trata del relato cristiano. En su *Religio Medici*, de 1643, el ensayo en el que intenta cuadrar fe con racionalidad científica, se muestra en desacuerdo en numerosos puntos. No cree, por ejemplo, en la literalidad del diluvio, y para refutarla cita la existencia de especies americanas no descritas en la Biblia. Echamos en falta este escepticismo suyo a la hora de creer en las brujas. Aparte de las dos mujeres presentes en el juicio, ¿vio Browne alguna vez a una bruja? Porque hay que recordar que aunque las menciona, y deja clara constancia de que cree en su existencia, no parece que hiciera comentario alguno sobre la condición demoniaca de las acusadas. ¿Puso a prueba en esta lid sus dotes de observación

y experimentación científica? ¿Cómo podía saber cuándo estaba delante de una bruja si nunca había visto una? Vio trazas de «brujería», pero en ningún momento dice haber visto a una bruja.

Pero esto no importa. En aquella sala estaba claro que las víctimas habían sido embrujadas, y que habían acusado de ello a Denny y a Cullender, y ahí quedaba todo. Puede que Browne saliera de Bury con la satisfacción del que sabe que se ha hecho justicia y que él ha cumplido con la Iglesia y con el Estado: por el rey y por la patria, tal y como muy posiblemente lo contara con plácida conformidad en aquellos meses que siguieron a la restauración de la monarquía. Aunque personalmente nunca dudara de la existencia de las brujas, sí que era, sin embargo, muy capaz de dudar de la legitimidad de toda acusación de brujería. Pero en aquel momento crucial no le había parecido necesario hacerlo.

Me obsesiona Thomas Browne. Está a las puertas de la ciencia moderna y aun así le rinde culto al mundo antiguo y sus misterios, y escribe con una paleta de colores intensos acerca de ambos mundos. Me parece que no se lo conoce lo suficiente y que ha sido injustamente olvidado. Como literato, es menos conocido que sus admiradores, entre quienes se encuentran Samuel Johnson, Coleridge, Melville, Poe, Emerson y Dickinson, Jorge Luis Borges y, en este siglo, W. G. Sebald y Javier Marías. No es una lista de superventas —no aparecen Dickens, Hemingway o J. K. Rowling—, pero sí revela ciertas afinidades de largo alcance. «Hay poca gente que adore los escritos de sir Thomas Browne», dijo Virginia Woolf, «pero los que lo veneran son la sal de la tierra». ¿Quién no querría ser parte de esta élite?

Sus ensayos alcanzan la cima de la lengua inglesa, pero además cambió los usos del idioma. Inventó palabras esenciales como el adjetivo *médico*, y otras como *precario* e *inseguridad e incontrovertible* y *alucinación*, términos que hablan con una precisión nunca antes vista del debate inminente que se iba a producir para distinguir lo real de lo imaginado, y lo que es cierto de lo que es dudoso. ¿Era la existencia de las brujas un hecho tan incontrovertible como le parecía a Browne? ¿O fueron los niños del juicio de Bury tan solo víctimas o incitadores de una especie de alucinación colectiva?

Como científico, a Browne se le aprecia todavía menos. Llevó a cabo sus investigaciones en un espacio marginal —nunca perteneció a la recién fundada Royal Society—, y las empleó con

demasiado ahínco para mayor gloria de su propia efigie literaria. Entre nuestros científicos, el escritor y teórico de la evolución Stephen Jay Gould fue admirador suyo, pero no así Richard Dawkins, quien no soporta la buena disposición de Browne a creer en lo que no se puede demostrar. Y quizá eso nos dé una pista de por qué habría que leer más a Browne.

Desde que me topé con él cuando escribía sobre la simetría del buckminsterfullereno, Browne no ha dejado de acompañarme. Veo que sale a la superficie en momentos que no tienen nada en común, solo que son impredecibles. Lleva todo este tiempo persiguiéndome, y ahora, he decidido, me toca a mí perseguirlo a él. Intentaré mostrar por qué Browne significa tanto para mí y por qué debería significar más para todos nosotros.

Lo que deseo no es tanto recomponer las piezas en la biografía de una figura magistral de la literatura y la ciencia inglesas. Su vida no está bien documentada, y al final sigue siendo en sus escritos donde se da la revelación de una vida de tolerancia, sentido del humor, serenidad y curiosidad infatigable.

Quiero hacer algo un poco diferente. Estas cualidades de Browne nos son muy necesarias hoy día. Sus preocupaciones —cómo liberar al crédulo de sus estúpidas creencias, el significado del orden en la naturaleza, cómo reconciliar ciencia y religión, cómo pensar la vida y la muerte— son nuestras preocupaciones. En el siglo XXI constituyen a menudo el centro de un debate dogmático muy acalorado pero escasamente iluminador. El espíritu de Thomas Browne podría enseñarnos cómo pensar en estas cosas con más altura de miras. Quiero traer ese espíritu al presente, asolado por sus propios conflictos y zonas oscuras en no menor medida que el siglo XVII de Thomas Browne.

Apoyo la bici contra el muro de la sandwichería que se levanta en la actualidad en el solar que ocupaba la casa de Browne junto al mercado de Norwich, y siento que me es caro y muy próximo tratar de su vida y su obra. Me encanta cómo funciona su mente y me encantan sus escritos. Siento que me habría gustado conocerlo. Me habría sometido encantado a sus cuidados profesionales, y lo habría escuchado absorto en sus últimas meditaciones. Y sin embargo, también presenta un problema. No me es fácil pasar por alto su comportamiento en las sesiones del tribunal de Bury. Y no lo es desde la perspectiva que brinda el presente; pero tampoco, creo, desde la de su propio tiempo. Si Browne va a ser el

protagonista de mi libro, la cosa empieza mal. Si es un científico, ¿por qué en ocasiones me saca de quicio su comportamiento tan poco científico? Si es un hombre de fe, ¿por qué tiene tantas y tan palmarias dudas? Y si es, tal y como viene a decir que le gustaría ser recordado en *Religio Medici*, un «paladín de la verdad», ¿qué es entonces la verdad?